

Las claves de América: Interpretación histórico-literaria del “Nuevo Mundo” en *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, de Pedro Henríquez Ureña

GREGORY ZAMBRANO
Universidad de Los Andes
Mérida-Venezuela

1. UN PANORAMA COMPRENSIVO MÁS ALLÁ DE LA LITERATURA

Las principales orientaciones de Pedro Henríquez Ureña (1884-1926) en torno a la historia de la literatura y la crítica literaria están mediadas por sus preocupaciones sobre el idioma como vehículo de comunicación y no sólo como un instrumento que sostiene cualquier práctica de dominio. Por esta razón procura historizar las categorías que utiliza, estableciendo un puente que media entre su presente y el pasado desde una perspectiva diacrónica, la cual se sustenta en su vasta formación humanística. En *Las corrientes literarias en la América hispánica* (1949), el ensayista dominicano expone su percepción de todo un proceso que es complejo e intenso, atravesado por conflictos de naturaleza política, económica, social y cultural. Sus observaciones agudas calan en los acontecimientos históricos sin dejar de asir los elementos identitarios de un colectivo que es producto de mixturas y, pese a ello, procura reconocer, sintetizar y valorar su originalidad, así como sus propias maneras de resistir ante la avasalladora fuerza de la transculturación.

Octavio Paz advertía muy certeramente que “la crítica es la gran ausente de la cultura hispánica” (Paz 517), aludiendo a la carencia de una tradición de pensamiento crítico, que había nacido en Europa a finales del siglo xvii pero que no tuvo repercusiones verdaderamente significativas en España y fueron aún menos visibles en sus antiguas colonias. Es necesario advertir, sin embargo, que Paz no está negando los aportes de Andrés Bello, Alfonso Reyes, Henríquez Ureña, Picón-Salas o el mismo Borges; lo decía más bien en un

sentido provocador: “adoptamos las ideas de la modernidad europea sin mucho discernimiento y las aplicamos con irreflexión a nuestra realidad” (Paz 517). En ese contexto, la perspectiva historiográfica de Henríquez Ureña está imbuida de pensamiento crítico, lo cual no rehúye la polémica sino, por el contrario, revela las contradicciones de un estado social que luce gastado o agotado al cual lee de nuevo para revelar sus esplendores, pero también sus miserias, es decir, sus riquezas y sus carencias.

La América hispánica exigía una interpretación que deslindara en principio lo natural de lo aprendido con la imposición colonial. No está demás recordar que a este conflicto está dedicado *Facundo* de Sarmiento (1845), que desde mediados del siglo XIX impulsó una discusión en el mundo hispanoamericano que produjo miles de páginas escritas, y que se mantuvo viva, no sólo hasta el fin del siglo XIX, sino que se potenció de cara al XX con los postulados del positivismo. Este debate se redimensionó en el *Ariel* (1900) de Rodó y se vertió en otros lenguajes y en otras formas expresivas, como las novelas, entre las cuales destacan *La Vorágine* (1924), de José Eustasio Rivera o *Doña Bárbara* (1929) de Rómulo Gallegos. Todavía, a comienzos de los años setenta, Roberto Fernández Retamar volvía a la antigua discusión en su lúcido ensayo *Calibán. Apuntes sobre la cultura en Nuestra América* (1971).

Sin duda, hay un interés epistemológico de Henríquez Ureña que se manifiesta en su esfuerzo por deslindar los valores autóctonos frente a los valores hispánicos, sin negar la riqueza de la mixtura, de la cual él mismo es un representante. Asimismo mantiene su posición explícita contra la imagen falsificada de la cultura americana originaria y más aún contra las derivaciones hacia el folclorismo¹ que se evidenciaban desde ciertas perspectivas europeas o estadounidenses (Guadarrama González 140). Sin embargo, su punto de vista tiene una clara consciencia de su inserción en los valores de una cultura híbrida, lo cual le brinda suficientes elementos para asumir su papel como historiador y crítico desde una postura absolutamente antidogmática.²

El texto con el cual Henríquez Ureña introduce *Las corrientes literarias en la América hispánica* presenta ya algunos aspectos que vistos a la luz de las escuelas literarias y de los

estudios históricos, podrían resultar polémicos. El primero de ellos referido a la denominación de América como “hispanica” en tanto preferencia nominal frente a “América Latina”, “Iberoamérica” o “Hispanoamérica”, más frecuentes en la época. El segundo se refiere a que sus páginas “no tienen la pretensión de ser una historia completa de la literatura hispanoamericana” (Henríquez Ureña 8).

El primer aspecto representa una toma de posición frente a una larga discusión sobre el nombre de América y sus derivaciones. Ésta se fue dando a lo largo del siglo XIX, sobre todo al calor de las tendencias positivistas y continuó en el XX. A las discusiones más recientes son fundamentales los aportes de investigadores como Leopoldo Zea, Augusto Tamayo Vargas, Antonio Cornejo Polar, Nelson Osorio Tejeda y Domingo Miliani, entre otros.³

El segundo obedece más a una expresión de modestia intelectual que, en rigor, no hace mermar las expectativas frente a un panorama que a todas luces intenta ser más que un recorrido comprensivo y se convierte en la problematización de un proceso complejo que abarca lo cultural desde perspectivas diversas por lo cual va más allá de la literatura, los escritores y las obras literarias.⁴ Asume una perspectiva historiográfica que vincula la complejidad de los procesos culturales mediados por la tradición de la lengua castellana, y al mismo tiempo, pretende apuntalar las bases metodológicas para comprender una especie de gran mapa de la cultura que tiene implícitas las orientaciones para una nueva crítica literaria continental.⁵

Estos intentos de pretensión totalizadora tuvieron impulsos ejemplares en la década de los cuarenta, tanto para la explicación del proceso literario y artístico como para el proceso histórico propuesto, por ejemplo, por Mariano Picón-Salas en su admirable ensayo *De la Conquista a la Independencia. Tres siglos de historia cultural hispanoamericana* (1944). Tales esfuerzos enciclopédicos tuvieron fuerte impulso desde México y plantearon, desde la perspectiva personal de sus autores, una preocupación por el devenir del continente americano, que en mucho quería revelar el proceso de construcción de los discursos fundacionales e iluminar sus zonas oscuras, sus silencios y contradicciones.

2. UN NUEVO MUNDO PARA LA LIBERTAD, PARA LA INICIATIVA Y LA CANCIÓN

Junto con el proceso de luchas políticas por la emancipación del poder español, las colonias de la América hispánica intentaron reflejar su personalidad nueva, joven, vigorosa frente a la desgastada Europa. Quizás la fábula americana que se procura desde las silvas de Bello, “Alocución a la poesía” (1823) y “La agricultura de la Zona Tórrida” (1826), era un programa de avance hacia la expansión de ese ideario de novedad y vigor, aun cuando hubiese sido expuesta desde Europa, específicamente desde Londres, bajo el molde escolar del neoclasicismo. Pero lo que se evidencia en el esfuerzo de Bello, sustentado en sus estudios y en el conocimiento de otras tradiciones, es la búsqueda de la expresión del Nuevo Mundo, con voz americana, desnudándose de lo que históricamente había sido la “revelación” de éste, sólo como un mecanismo para abrir la imaginación de los europeos, como de hecho fue comprendida la *Carta sobre el Descubrimiento* (1493), y el *Diario de Cristóbal Colón*.

Henríquez Ureña otorga una importancia capital a estos documentos, por cuanto ve en ellos la carga emotiva y la construcción intelectual de las lecturas e intuiciones del navegante quien –sin ser hombre de letras– tiene su imaginación llena de reminiscencias platónicas y el recuerdo vivo de las maravillas narradas tras sus viajes por Plinio y Marco Polo. El ideario del Nuevo Mundo se asocia con el ideal de belleza que en Europa era una convención y que fundó una distorsionada manera de comprender los problemas climáticos, las particularidades de la flora y la fauna, y por supuesto el Hombre de América, lo cual durante mucho tiempo sustentó una falsa concepción del mundo americano.

Los textos de los primeros cronistas, como Colón y Vespucio, así como las derivaciones que sobre el imaginario del Nuevo Mundo edificaron los lugares idílicos, descritos en la *Utopía* (1516) de Tomás Moro, en *La ciudad del sol* (1623) de Campanella, o las teorías sobre la Nueva Atlántida de Bacon, plantean desde elaboraciones diversas –teóricas y pragmáticas– el problema de la naturaleza versus el problema de la cultura, el cual estaba en el centro de los debates donde se

impregnaba el espíritu del Renacimiento. Pero más allá de estas concepciones que tenían como espacio los más importantes centros metropolitanos de Europa, también se impuso como una urgencia la discusión sobre los derechos de la conquista. En torno a ellos Henríquez Ureña sintetiza de una manera precisa la escalada que significaba tal discusión: “Grandes principios éticos y políticos, el derecho de cada individuo a su libertad y el de toda comunidad a su independencia, yacían en el fondo de la controversia y fueron llevados a ella más tarde por los contendientes” (Henríquez Ureña 22).

Enorme esfuerzo de síntesis representa su esquema mediante el cual introduce la discusión de los elementos jurídicos que se desprenden de las lecciones del padre Las Casas y la polémica en torno a las doctrinas expuestas por Fray Francisco de Vitoria en la Universidad de Salamanca. Pero más allá de sus intentos por clarificar las razones que fundaron la llamada “leyenda negra” de España, aprovecha la coyuntura para afianzar lo que en su momento conformó una mentalidad creativa, que se desarrolla sobre la base argumentativa de los navegantes y sus relatos de viaje: el país de las amazonas, el Dorado, la ciudad encantada de los Césares, todo ello resultado de los “viajes extraordinarios” que no fueron más que quimeras de la imaginación.

Pero así, las empresas colonizadoras que fueron creciendo en los dominios territoriales se afianzan con las conquistas de México (1521) y Perú (1533) sin que importaran los medios utilizados. Lo que realmente importaba eran los fines, los cuales fueron prontamente cuestionados y se siguieron cuestionando históricamente. Todo parecía circunscribirse a la obtención de riquezas y poder:

La imaginación europea que tanta atención dedicaba a los relatos acerca de las tribus salvajes, no estaba todavía preparada para comprender aquellas extrañas y magníficas civilizaciones, aun después de leer tantas largas y minuciosas descripciones de sus ciudades y costumbres: todo lo que sacó de ellas fue una caótica impresión de riqueza, poder y muchedumbres, pero no la revelación de nuevos tipos de cultura. (Henríquez Ureña 25)

Es importante comprender cómo Henríquez Ureña coloca en un plano de contrastes la lectura histórica que durante mucho tiempo se hizo de las culturas americanas como tales. Considera que esta valoración fue tardía y que se dio a la luz de estimaciones comprensivas de otras culturas como la china, la cual sirvió como marco de referencia para reconocer en las americanas su esplendor y sus diferencias. El sentido de la alteridad posibilitó que se admitieran los valores, las peculiaridades de esas formas “otras” de existencia para superar un mero objeto de curiosidad, puesto a la vista del observador europeo.

Esto no solamente se atenía a los horizontes culturales de los principales navegantes que dejaron testimonio de sus hallazgos sino también a los siguientes cronistas y, de manera general, a las clases ilustradas de la Europa renacentista:

Los pensadores y escritores europeos del siglo XVI no leyeron los relatos de descubrimientos y viajes en busca de nuevas formas de cultura que pudieran contrastarse con las suyas propias. Su principal preocupación era la Naturaleza (Henríquez Ureña 26)

Pero no ocurre así con el indígena, pues apenas se le reconoce como uno más de los elementos que están en el paisaje; por ello tardíamente fue objeto de una disputa que, introducida por los frailes dominicos, adquirió matices de controversia y generó disposiciones jurídicas.

Parte de ese esfuerzo de síntesis del humanista dominicano corresponde con su interés de confrontar puntos de vista, afirmaciones y concepciones sobre el “hombre natural” de América, colocando frente a frente las opiniones de los cronistas: Hernán Cortés, Bernal Díaz del Castillo, Francisco de Jerez, Pedro Cieza de León o Bernardino de Sahagún con letrados europeos como Tirso de Molina, Antonio de Guevara, Juan y Alfonso de Valdés, Francisco de Quevedo y Fray Luis de León, Cervantes y Gracián.⁶ De las orientaciones de cada uno de estos autores en torno al problema del hombre americano siempre está la “oposición filosófica entre naturaleza y cultura, la comparación entre el hombre natural y el civilizado” (Henríquez Ureña 26), para finalmente valorar la aproximación desde la perspectiva francesa, si bien fracasada en su intento de conquista, más acertada en sus afanes interpretativos, sobre todo a partir de

los escritos de Michel de Montaigne quien, a su juicio, fue de los pocos que comprendió que había grandes civilizaciones en América a la llegada de los europeos y que en su momento, con su propio acto de enaltecer estas culturas, estaba cuestionando las empresas colonizadoras.

La cuestión iba mucho más allá de las interpretaciones acerca de la organización colectiva de los habitantes de América y de sus haberes culturales. Iba más bien en el sentido de que los naturales no imponían normas, de allí la ausencia de leyes. También el hecho de que unos no juzgaban a los otros, no robaban ni mataban, no había poderosos ni ricos a juzgar por la acumulación de objetos. Ese “primitivismo” era conocido también como una forma “otra” de ser social. Henríquez Ureña en este punto coincide con algunos aspectos del pensamiento de G. Elliot Smith para quien

el hombre natural no exhibe un deseo innato de construir casas o hacer vestidos, de labrar el suelo o domesticar animales. No tiene religión ni organización social [...] La guerra organizada, la brutalidad y la mayoría de los diversos procedimientos de violencia se deben a las circunstancias de la civilización, y no se dan entre los pueblos realmente primitivos. (Henríquez Ureña 32)

En síntesis, el historiador de la cultura aprecia cómo con el paso de los años y la intensificación del proceso transculturador fueron desapareciendo paulatinamente las formas superiores de la cultura nativa.

3. LA RIQUEZA DE LA CULTURA ESTÁ TAMBIÉN EN LA PALABRA

Henríquez Ureña pasa a reconocer luego otros aspectos que América dio a Europa, más que su oro, sus perlas, su riqueza material: el asunto de la lengua. Las palabras también serían el sustrato de una nueva nominalización que está en la base de la literatura y en otras formas de arte. Éstas se divulgaron y “penetraron en idiomas bien lejanos: *tabaco*, *papa*, *maíz*, *hamaca*, *sabana*, *caníbal*, del taíno de las Antillas; *huracán*, del quiché de Yucatán, a través de las Antillas; *piragua*, *manatí*, del Caribe; *cacao*, *chocolate*, *chicle*, *tomate*, *tamal*, *coyote*, del náhuatl de México; *quinina* (derivado de *quina*), *alpaca*, *guano*, *pampa*, del

quechua del Perú; *coca*, del aimara (hablado en lo que hoy es Bolivia); *ipecacuana*, del guaraní de Brasil y Paraguay....” (Henríquez Ureña 32). Pero no sólo eran las palabras que enriquecían a la literatura sino los objetos que designaban, redimensionados en el nombre de animales y también de algunas plantas, leguminosas y legumbres, dispuestas en las mesas de los viejos países europeos.

Si bien es cierto que este esfuerzo de síntesis de Henríquez Ureña procura mantener una visión equilibrada de todo cuanto destaca de los haberes autóctonos de América, también otorga dentro de esa misma valoración un lugar privilegiado a la herencia que proviene de ese choque cultural, en un sentido amplio, marcado por una actitud positiva. Es decir, no se queda en una condena ante la invasión, el despojo, el sojuzgamiento, hechos que históricamente han sido objeto de estudios severos, polémicos e irreconciliables. Salió de ese choque lo que el individuo hispanoamericano es como síntesis y producto cultural, proveniente de un proceso que tiene raíces profundas y antiguas. También se funda una historia nueva, basada en la concepción del “Nuevo Mundo”, que sumó otros elementos pero que en esencia no interrumpió su proceso evolutivo. Henríquez Ureña manifiesta simpatía por la cultura hispánica, aunque también la cuestiona, la reconoce y deja claro que no tiene sentido volver sobre las nostalgias imperiales sólo como una añoranza fundada en las hipótesis acerca de lo que hoy serían estos territorios de no haberse dado este proceso. La historia es inexorable, y podemos volver a ella como un gran texto para leer nuevas significaciones⁷ y encontrar nuevas perspectivas que permitan explicaciones novedosas, siempre dentro de lo que el mismo Henríquez Ureña gustaba delinear como un camino “en busca de nuestra expresión”. Esto lo escribió en diferentes circunstancias, focalizándose como un sujeto americano que era consecuencia cultural de todas las mixturas que conforman lo hispanoamericano y que hemos ido describiendo. En todo caso, el ensayista está consciente de que las nuevas experiencias “convirtieron en hombres nuevos a los españoles y portugueses que se establecieron en el Nuevo Mundo”⁸ (Henríquez Ureña 62), pero también a los habitantes originarios de aquellos territorios que aprendieron otra lengua, otras religiones, otros hábitos, todo en el mismo

espacio interactivo que él denomina “crisol de dos culturas”.

Como un bloque heteróclito florecieron los cantos y los bailes, se prodigó la literatura que daba cuenta de un lenguaje también nuevo, que procedía de esos ambientes mixtos de las grandes capitales virreinales, principalmente en la Nueva España, que abarcaba lo que hoy es el estado de Nevada hasta Yucatán y lo que correspondía al virreinato del Perú, desde Quito hasta Potosí. El arte plástico y el teatro aparecieron como consecuencia del intercambio personal en los centros más poblados. Prueba de ello puede leerse en el extenso poema *Grandeza mexicana* (1604) de Bernardo de Valbuena. Y es en la literatura donde florecieron los dos ejemplos más acabados de la inteligencia americana, no casualmente en los espacios de mayor desarrollo cultural en los que luego se impuso la lengua de Castilla: Garcilaso de la Vega, el Inca (1539-1616) en el Perú y Juan Ruiz de Alarcón (c.1580-1639) en México. A este respecto Henríquez Ureña destaca de Garcilaso, principalmente, su intento por transmitir aspectos de gran valor histórico y cultural que se guardan en sus *Comentarios reales* (1609-1617).⁹

En esta obra se capta el estilo, el ingenio y la vena americana del autor. Sin duda se convirtió en una importante referencia para los lectores europeos, principalmente los españoles, quienes al decir de Henríquez Ureña “en algunos aspectos la consideran como la mejor de todas las obras que se han escrito sobre la historia antigua de América” (Henríquez Ureña 69). Y con esa apreciación reitera su idea de que salvo en el caso de Montaigne, en Europa no se comprendió el valor de las grandes culturas prehispánicas de América, y que ni los relatos ni los objetos que fueron llevados al viejo continente fueron suficientes para ilustrar la magnitud del hallazgo. Esto, por supuesto, se contrapone a la perspectiva de los testimonios de quienes sí estuvieron en América y fueron testigos de su acontecer, su vulneración y posterior transformación. En este punto Henríquez Ureña introduce una idea que es sustancial en su pensamiento: el concepto de individualidad de las culturas. Esto es de una importancia capital pues reclama una perspectiva distinta en el sentido de distanciarse de la valoración europocéntrica para reivindicar la otredad de las culturas, por su diversidad, como en su momento ocurrió con

África y el Oriente, y antes con la antigua Grecia o Caldea. Algunas de estas culturas tuvieron sistemas de organización económica y social más adelantados de los que se disponía en Europa para la época. En el caso del mundo inca que describe Garcilaso de la Vega, quizás por ese modo de mostrar una realidad aparentemente idealizada, llena de perfección, hizo que en muchos aspectos, sus crónicas se considerasen fantásticas y exageradas:

¿Por qué los incas no habrían de haber concebido el ideal de una paz orgánica e imponerlo sobre una población atrasada y remisa, aunque en el momento de la invasión española estuvieran enzarzados en una guerra dinástica? ¿Por qué no habrían de tener una economía comunal satisfactoria y una administración pública rigurosamente organizada, como la de los aztecas, que tanto había admirado Cortés, y que era superior a cualquiera de los sistemas por entonces practicados en el mundo occidental? ¿Acaso no eran sus caminos mucho mejores que los de Europa, desde tiempos de los romanos? (Henríquez Ureña 71)

Pero lo más importante es el hecho de recuperar el conocimiento de las primeras fuentes que están en sus *Comentarios...* para exaltar todo el esplendor de la antigua cultura inca: sus modos de organización social, su arquitectura, su cultura agrícola, todavía hoy objeto de admiración como Sajsahuaman o el Valle sagrado de los incas, en el Cusco, lo que hace suponer la existencia de una paz larga que fue sorprendida por la conquista en un momento de crisis interna. Aunque visto a la luz de los estudios reivindicadores de la naturaleza originaria de aquellos narradores como el Inca Garcilaso, quizás no sea adecuado llamarlo “el Herodoto de los incas”, como tampoco se acepta que el *Popol vuh* sea llamado “La biblia de América”, por utilizar un referente icónico occidental; es justa y entusiasta su valoración de los *Comentarios reales* por cuanto en ellos Garcilaso “captó y supo dar como ningún europeo podía hacerlo, el verdadero espíritu de su civilización” (Henríquez Ureña 71).

Producto de la cultura colonial es el genio de Juan Ruíz de Alarcón. Nació y se formó en México hasta los veinte años y llevó luego a España la tenacidad que motivó la nobleza de

su estirpe, la cual supo trasladar a sus primeras creaciones dramáticas. Sin embargo, dadas sus limitaciones físicas, de suyo excluyentes, luchó por penetrar en los espacios dramáticos españoles donde reinaban Lope de Vega y Calderón de la Barca. Ruiz de Alarcón fue un “intruso” en ese mundo, al decir de José Bergamín, y sin embargo, logró permear con su estilo, que Henríquez Ureña llama “límpido y conciso, mucho más epigramático que poético” (Henríquez Ureña 73). Con sus veintitrés obras reunidas en dos volúmenes, publicados por él mismo y bajo su cuidado entre 1628 y 1634, Ruiz de Alarcón inscribió su nombre junto al de los dramaturgos llamados clásicos de la comedia española.

Henríquez Ureña también tiene en cuenta a otros autores que si bien no nacieron en América, se formaron en ella y produjeron obras que aportaron elementos significativos para su conocimiento y comprensión. Tal es el caso de Bernardo de Valbuena (1562-1627) quien, según sus palabras, aspiraba a ser el “Ariosto español”, y dejó para la posteridad una obra que si bien ha sido casi olvidada, se rescata y se ha seguido publicando por su *Grandeza Mexicana*. Aunque Henríquez Ureña duda de que verdaderamente tenga muchos lectores, señala que es un ejemplo de pervivencia de aquellos antiguos testimonios documentales acerca del esplendor de las culturas americanas.¹⁰

Caso similar es el de Antonio Vieira (1608-1697). Nacido en Portugal, fue trasladado a Brasil en su infancia. Abrazó la causa religiosa de los jesuitas y abogó por los derechos de los indígenas, condenando también la esclavitud. En sus prédicas antiesclavistas incluye su diatriba sobre la explotación por parte de las metrópolis a unos territorios distantes. Sus reclamos le permitieron posteriormente a Afranio Peixoto (1876-1947) considerar que esta actitud fue la que encauzó el hecho de que Brasil tomara por primera vez conciencia de sí mismo. Henríquez Ureña destaca su vasta obra, conformada por sermones, cartas y tratados de oratoria, que lo convirtieron en un maestro de la prosa portuguesa.¹¹

4. LA MUJER EN LA VIDA INTELECTUAL DE LA AMÉRICA HISPÁNICA

Aunque es breve su noticia acerca de la participación de las mujeres en el mundo del arte y las letras en la época colonial,¹²

no deja de apuntar muy sugerentes y emotivas líneas para destacar la obra de Santa Rosa de Lima (1586-1617). Así también hace énfasis en su afán reivindicador cuando deja anotado muy brevemente el caso de

dos damas misteriosas, contemporáneas suyas y también peruanas, que se firmaron Clarinda y Amarilis. Clarinda dedicó al poeta andaluz Diego Mejía un largo *Discurso en loor de la poesía*, en tercetos (1608). Amarilis dirigió a Lope de Vega, algún tiempo antes de 1621, una epístola escrita en silva. Ambas se desempeñan a maravilla por entre los hermosos recovecos de la poesía post-renacentista; sus brillantes versos son fruto típico de la cultura literaria de aquel virreinato. Un escepticismo mal fundado trata de despojarlas a las dos de su enigmática gloria. Yo no encuentro razones suficientes para ello. (Henríquez Ureña 78-79)

De igual manera comenta la obra de Sor Francisca Josefa de la Concepción (1671-1742), comúnmente llamada “la Madre Castillo” y la obra de la brasileña Rita Joana de Sousa (1696-1718), quien escribió un *Tratado de philosophia natural* y unas *Memorias históricas*. Pero es al caso de Sor Juana Inés de la Cruz al que dedica un mayor estudio en el cual imbrica sus elementos biográficos, tan cargados siempre de interés por su tenacidad y lucidez tan poco comunes, y también a su obra misma como un hecho no exento de excepcionalidad. Respecto del primer elemento señalado, Henríquez Ureña destaca que no sólo fue su precocidad prodigiosa lo que la hace admirable, sino su capacidad natural para el sacrificio –que también es parte de su rebeldía– hasta su madurez. Sor Juana

pasados los cuarenta años, abandonó sus acostumbrados estudios y se entregó de lleno a la oración y a la penitencia, y a la caridad. Su tierra padecía muchos males: hambres, plagas, incursiones de piratas, sangrientos disturbios políticos. Para ayudar a los pobres, Sor Juana vendió su biblioteca de cuatro mil volúmenes, sus instrumentos científicos y musicales, y todos los regalos de valor que había recibido. (Henríquez Ureña 80-81)

En cuanto a sus capacidades creativas, señala sintéticamente los intereses de la monja por el mundo científico, así como sus

observaciones e intuiciones acerca de las leyes naturales que, sin embargo, no llegó a desarrollar. Igualmente llama la atención respecto de su interés por la música y apunta el hecho de que su tratado musical, titulado *El caracol*, no se pudo recuperar, al igual que un ensayo filosófico suyo “sobre *El equilibrio moral*, en copia manuscrita, pero se perdió o la robaron durante la invasión norteamericana de México en 1847” (Henríquez Ureña 82). Así pues, su análisis recae en los alcances de la obra poética de Sor Juana, que el ensayista desmenuza con deleite, conformando una valiosa síntesis comprensiva y, al mismo tiempo, crítica como en muchas otras incursiones acerca de la vida y obra de los autores fundamentales enmarcados dentro del barroco.¹³ Éste es un excelente ejemplo de su capacidad de observación, lo cual también demuestra su profunda devoción americanista. A esto se suma su conocimiento y manejo de fuentes diversas que le sirven de apoyo para su interpretación erudita.¹⁴

Por Henríquez Ureña nos enteramos de una manera sistemática de un conjunto de hombres y mujeres, nativos de América o desplazados hacia ella siendo muy jóvenes, tanto desde España como de Portugal, y de sus innumerables contribuciones no sólo a la literatura sino también al arte, al pensamiento filosófico y a la investigación científica. Sabemos por medio de su acuciosidad acerca de las dificultades, obstáculos y limitaciones materiales propias de la época, pero que sin embargo dejaron muchos nombres escritos al resguardo de la historia.

No obstante las carencias materiales, las pugnas políticas y las fricciones propias de las concepciones del mundo que estaban en contacto, los tres siglos de construcción del orden colonial aparecen muy finamente resaltados en sus aspectos medulares, y también los pormenores que fueron gestando en el seno de las colonias sus propias crisis institucionales. Nuevos acontecimientos políticos darían impulso a los cambios que ya se veían en el horizonte de las ciudades, ya no sólo de las principales colonias sino también en las de menor desarrollo, como las capitanías generales. El fin del imperio estaba cerca y con ello lo que encierra históricamente el fin del orden colonial. Hay que dejar claro que sin plantear una añoranza por aquel pasado prehispánico exuberante, por la naturaleza

sometida a un nuevo ritmo y a un desarrollo forzoso, tampoco el ensayista dominicano niega la importancia de aquellos años de crecimiento y transformaciones. Existe una conciencia plena de que el inicio de las pugnas independentistas rompieron un orden que se había concebido para acrecentar las potencialidades sociales y habían intentado crear novedosas instituciones que procuraban el bien común. En ese sentido, es interesante su relato acerca de los esfuerzos abolicionistas de la esclavitud y los intentos de reivindicación del indígena y las culturas negras. Sin embargo, hay un breve dejo de nostalgia en sus palabras cuando habla de los aportes a la ciencia y la cultura de hombres como Carlos de Sigüenza y Góngora, Pedro de Peralta Barnuevo, Francisco Javier Gamboa, José Ignacio Bertolache o Francisco José de Caldas, quizás por ello afirma:

Las guerras de independencia vinieron a interrumpir sus espléndidos esfuerzos. Pero gracias a ellos pudo airearse la atmósfera intelectual, gracias a ellos, la filosofía y la ciencia moderna acabaron por reemplazar, siquiera parcialmente, al escolasticismo.¹⁵ (Henríquez Ureña 91)¹⁶

Sin duda que muchos hombres y mujeres contribuyeron al desarrollo de las artes, la ciencia, las leyes en los territorios de las Américas. Henríquez Ureña brinda un generoso recuento de los nombres de los escritores y artistas indios y mestizos que se desarrollaron durante el período colonial.¹⁷ Así también muestra el inventario de nombres de los autores europeos que se acercaron en América después de Colón, teniendo además el cuidado de registrar las fechas de nacimiento y muerte de los escritores.¹⁸

5. LETRAS Y LETRADOS DE AMÉRICA

Un rasgo absolutamente moderno de Henríquez Ureña tiene que ver con su buen ejercicio del criterio al considerar sin mayor problema la inclusión de un autor dentro de una literatura “nacional”, más allá de las convenciones dictadas por los datos del lugar de nacimiento. Esto, que en buena medida sigue siendo un problema para las perspectivas nacionalistas y enciclopédicas, las resuelve el dominicano con absoluta naturalidad, pensando quizás en que la verdadera patria de un

escritor es su idioma.¹⁹ Sin duda, *Las corrientes literarias en la América hispánica* es una minuciosa puesta al día de los aspectos más relevantes del proceso de consolidación del continente americano. Un libro pionero y avanzado para su tiempo. A partir de las trazas que la cultura hispánica irradió en el Nuevo Mundo y las que ésta impregnó en la península ibérica y el resto de Europa, se produce el proceso de transformación de los documentos en monumentos. La empresa documental de Henríquez Ureña es titánica pues reúne en muy pocas páginas diversas líneas de investigación, propone ideas, ofrece modelos, todos condensados de magistral manera, facilitando sus notas eruditas que se apoyan en fuentes diversas, tanto las más añejas como las más actualizadas. Incluso reseña la aparición de nuevos materiales cuando ya estaba a punto de cerrar su revisión para dar la obra a la imprenta.

Quizás desde las perspectivas metodológicas de hoy el procedimiento resulte ya anticuado, pero en su momento, su esfuerzo de síntesis, como empresa individual, es admirable y hoy en día sólo sería posible para un trabajo en equipo. Esto realza el valor de su esfuerzo intelectual con pretensión totalizadora, hecho a mediados del siglo xx sin disponer de la tecnología que hoy haría menos tortuoso el trabajo de anotación y clasificación sistemática de la información.

Al Nuevo Mundo habría que situarlo –sin dejar de correr riesgos históricos y políticos– desde el momento del primer contacto con las civilizaciones europeas, y lo que éste generó como discursividad. Es notable el esfuerzo de Henríquez Ureña por explicar los pormenores del hallazgo y el modo como se incorporaron las palabras que designaban a una nueva realidad, escrita en la lengua del conquistador. Pero acaso ¿ese Nuevo Mundo nombrado en la lengua conquistadora no poseía ya una historia y un desarrollo cultural de raíces antiguas? A este interrogante responde la obra de Pedro Henríquez Ureña, y por ello divide significativamente los períodos históricos.²⁰ Pero como se ha podido evidenciar, su enfoque alcanza su mayor hondura en el punto en el cual ese nuevo orden instituido a la fuerza cesa y se abre un hiato cultural, que podría verse como ruptura o como deslinde: ruptura sustentada en la madurez del orden colonial, y deslinde que podemos asociar a una profunda crisis institucional al alba del siglo xix. España modifica la postura paternalista hacia el Nuevo Mundo porque

son inevitables las contradicciones que obligan a replantear los aspectos derivados de la dominación en el orden político, económico y cultural. En la discusión en torno de esta crisis y sus consecuencias se hallan las claves de América.

Más allá de la consideración de los elementos fácticos que culminaron en el caos colonial, la primera declaración de independencia, el 5 de julio de 1811 en Venezuela, comenzó el proceso de declaraciones independentistas hasta el 9 de diciembre de 1824 cuando se libra la batalla de Ayacucho. En este punto vale la pena preguntarse por el modo como los criollos asimilaron el ideario (amplio, heteróclito, complejo) al uso que justificaba las rupturas.

Henríquez Ureña reclama el estudio de las consecuencias de ese ideario:

Necesitamos un estudio sistemático del pensamiento político de todos los caudillos de nuestra independencia. Alguna atención se le ha dedicado a la influencia de los pensadores europeos; pero lo que importa investigar es no tanto lo que nuestros caudillos leían como lo que hicieron con las ideas que asimilaron. (Henríquez Ureña 233, nota 6)

Estudiar sin prejuicios la realidad americana significa reconocer y considerar con justicia lo heredado, lo impuesto, lo creado; a cada quien corresponde asumir su parte de responsabilidad histórica. Muy críticamente reconoce Henríquez Ureña que

cierta sociología periodística cuelga a los indios y a los negros el sambenito de nuestros fracasos políticos. En buena lógica, los responsables serían los europeos y sus descendientes, que durante siglos han mantenido a los indios y a los negros en la servidumbre y la ignorancia, negándoles el ejercicio de derechos políticos. Dondequiera que los grupos sometidos antiguamente obtienen un mínimo de justicia económica y civil, el adelanto político se hace evidente. (Henríquez Ureña 237, nota 2)

Y es que Henríquez Ureña explica la historia de la América hispánica desde la cultura, y su enfoque se sustenta en un panorama que si bien es muy amplio, demuestra que también es asible. En él hay una inquietud por saber y comprender, que en la concreción de su libro es también hallazgo, eso que

en otra oportunidad había ensayado como la búsqueda “de nuestra expresión” tiene, en el diálogo en las culturas, una importancia medular en el sentido de incorporar lo hispánico como experiencia, eso que puede concentrarse en el “valor e identidad propia de nuestra América” (Pérez de la Cruz 74).

Como otros hispanoamericanos, Henríquez Ureña emprendió viajes de conocimiento hacia Europa, y fundamentalmente hacia España. Así como antes lo había hecho Sarmiento, no tanto para ver qué había en aquellos países de diferente como para encontrar las razones de las enfermedades políticas de los países americanos.²¹ Su esfuerzo va más allá de las corrientes literarias, para convertirse en una historia de la cultura en un sentido mucho más ecuménico.²² En esta obra se ofrecen datos valiosísimos sobre el florecimiento y desarrollo de la literatura, del arte, la música, la pintura, la arquitectura pero también del pensamiento, lo cual resultó mucho más ambicioso que el detenido esquema suyo, editado con el título de *Historia de la cultura en la América hispánica*, en 1947. En todo caso, busca explicar la originalidad de algunas tendencias americanas. Así como el barroco se vivió plenamente en los territorios americanos, algunas de las corrientes literarias se impulsaron primero en América: “Como había ocurrido con el romanticismo en poesía, el realismo moderno en la novela hizo su aparición en la América Española antes que en España” (Henríquez Ureña 152). También dedica lúcidas reflexiones para mostrar las particularidades de las tendencias que se suman en el Modernismo, sus exponentes y sus propias contradicciones. En este punto son reveladoras sus observaciones sobre la impronta de José Martí y su *Ismaelillo* (1882), así como las etapas decisivas en la obra de Rubén Darío. En ese balance enjundioso hace énfasis en lo que corresponde al estudio y conocimientos acerca de la lengua castellana. Dice sin ambages que Bello y Cuervo fueron los dos más grandes gramáticos de la lengua española en el siglo XIX.²³

Bien entrado el siglo XIX las resonancias del imperio inca parecían ser más que una mera referencia nostálgica acerca del pasado grandioso de esta cultura. Sobrevivió por lo menos nominalmente la posibilidad de restaurar su orden social y político como lo planteó la *Carta a los españoles americanos* de Juan Pablo Viscardo y Guzmán (que curiosamente el autor

no menciona). La línea de pensamiento independentista que destaca Henríquez Ureña parte de Francisco de Miranda, pasa por Olmedo y llega hasta Belgrano. En este punto hay un intento sostenido de reivindicación del legado indio²⁴ y una presencia permanente incluso más allá de las llamadas corrientes indianista e indigenista. Para el maestro dominicano el binomio justicia y reivindicación del indio, “fue uno de los ideales del movimiento de independencia” (Henríquez Ureña 108), pero que sin embargo fracasó, dejando este problema como una herencia que sigue siendo objeto de recurrencias históricas hasta el presente.

Henríquez Ureña está atento a todos los factores que históricamente se han movido como motor de los cambios, bien sean políticos, sociales o literarios. Siempre tiene en cuenta estos problemas en relación con la naturaleza y los esfuerzos que se hicieron para dominarla y que se vieron reflejados en muchas obras literarias, entre las cuales destacan, en la primera mitad del siglo XX, las de José Eustasio Rivera, Ricardo Güiraldes y Rómulo Gallegos (Henríquez Ureña 203 y ss.).

6. HACIA LAS CLAVES DE AMÉRICA

Las corrientes literarias no pueden verse como escuelas, tendencias o movimientos estancos. Su dinámica va a la par de los tiempos cambiantes que registra la historia. Lo que procura el autor es deslindar los elementos característicos de las tendencias y fijar los nombres de autores representativos, asumiendo el riesgo crítico; es decir, considera los méritos literarios de las obras, reconoce las destrezas de los autores para determinados géneros y dice explícitamente su parecer con elegancia y prudencia.²⁵ Ejerce su criterio con la honradez de un lector informado. Su honestidad intelectual adquiere el estatuto de autoridad, lo mismo para destacar los méritos de Esteban Echeverría como narrador en detrimento de sus desvelos como poeta, así como para apuntalar la disputa entre Andrés Bello y José Victorino Lastarria en torno a las formas libres del arte que se irrumpieron con la revolución romántica, la cual sin ser reconocida como tal y sin siquiera ser nombrada, estaba en la médula de la disputa en el sentido de que aupaba la necesidad de un lenguaje emancipado.

El modo como se desarrollan las corrientes literarias junto con el avance de los acontecimientos políticos le permiten constantemente hacer paralelismos que utiliza para ilustrar sus juicios de valor sobre los logros o las carencias de dichas corrientes. Sus observaciones son tan agudas que solamente la perspectiva panorámica le podría ofrecer los detalles para hacer sus juicios concluyentes y certeros:

El movimiento romántico adquirió fisonomía propia en la América hispánica. Antes que nada, en su ruptura con todo el bagaje de reglas neoclásicas, nuestros románticos intentaron realmente deshacerse de todo canon. (Henríquez Ureña 130)²⁶

Una síntesis rápida de la evolución política de América la establece el autor en varios niveles: anarquía, organización, estabilidad y prosperidad. En ese tránsito, con mayor evidencia los hombres de letras derivaron hacia el periodismo y hacia el magisterio, asumiendo las letras más como vocación que como profesión.²⁷ Entonces las labores del estado quedaron en manos de los políticos principalmente, con lo cual se transforma lo que había sido casi un binomio en el transcurrir de estos años de construcción de los estados nacionales pero, en opinión de Henríquez Ureña, nada se logró con ello, sino más bien lo contrario.²⁸

Las claves de América se hallan intrínsecamente atadas a sus procesos culturales. Estudiarlos, comprenderlos, interpretarlos, son los caminos para conocerlos en su originalidad, novedad, complejidad y riqueza. Esto sigue siendo un reto que tal vez deba plantearse, en sus mismos términos, como una utopía, en su sentido más abarcador:

La utopía de que habla Henríquez Ureña no es solamente una determinación histórica y antropológica del ser humano, no es una utopía general, sino una meta de América, "nuestra utopía" y esto en un doble sentido: porque su realización es nuestra realización humana e histórica y porque América misma es, históricamente, Utopía. (Gutiérrez Girardot XXV)

Henríquez Ureña sintetizó entre los límites de este libro emblemático su intenso recorrido –amoroso y profundo– por las

confluencias y divergencias de la historia cultural americana.²⁹ Lo comunicó con la paciencia de un maestro excepcional cuya cultura y memoria, al decir de Borges, eran un preciso museo de las literaturas (Borges 1959: VIII).

Allí están las claves de América, que se plenarán de nuevos sentidos y se enriquecerán con el paso del tiempo. El horizonte que tuvo el historiador de la cultura en su momento exigirá hoy nuevos instrumentos para la interpretación más profusa y profunda. Ésta sólo es posible desde perspectivas multi e interdisciplinarias que arrojen nuevas luces sobre ese pasado de múltiples resonancias, que tan luminosamente nos entrega el dominicano. Henríquez Ureña logró atesorar un mundo de enigmas que transformó en revelaciones.

NOTAS

- ¹ Sobre este aspecto bien vale la pena tener en cuenta sus observaciones expresadas en varios de sus ensayos contenidos en "La utopía de América" (1989) o, de manera específica, en "El descontento y la promesa", el primero de sus *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (1928).
- ² Entre las motivaciones que probablemente estimularon este monumental esfuerzo interpretativo del ensayista dominicano, pudieran estar la "negación de América" por parte de Hegel en sus *Lecciones sobre la filosofía de la historia* (1837) –a quien no menciona en su libro, pero que sin duda conoce ampliamente– y mucho más cercana a su momento histórico, la publicación de Alfred Weber, *Historia de la Cultura* (1946), la cual ignora la presencia de la América hispánica en su relación con la cultura europea, entre otras.
- ³ Es importante destacar que desde 1906 y hasta 1914, Henríquez Ureña se radicó en México y que su contacto con el mundo académico e intelectual del país azteca sería decisivo en su fortalecimiento intelectual. En México, se había impuesto el positivismo como filosofía oficial la cual, en su opinión, era "demasiado sistemática, demasiado definitiva como para no equivocarse. Entonces nos lanzamos a leer todos los filósofos que el positivismo consideraba como inútiles, desde Platón, que fue nuestro mayor maestro, hasta Kant y Schopenhauer" (Henríquez Ureña 612), en esta generación se encontraban, entre otros, Antonio Caso, Alfonso Reyes y José Vasconcelos, y a esa temprana posición obedeció su posterior anti- positivismo.
- ⁴ Es característica de sus enfoques plantear los panoramas no como un recuento sucesivo de hechos sino como una problematización de los mismos, lo cual hace que sus acercamientos sean altamente complejos y profundos sin dejar de ser amenos y didácticos.
- ⁵ El libro como tal es producto de una serie de conferencias impartidas por el autor en la Universidad de Harvard durante el año académico 1940-1941. Dichas conferencias, redactadas completamente en inglés, fueron luego rescritas y ajustadas para su edición en forma de libro en 1945. El libro se editó póstumamente en castellano en 1949 traducido por Joaquín Díez-Canedo.

- ⁶ Henríquez Ureña, apoyándose en G. Elliot Smith señala que la mayoría de las tribus indígenas americanas no eran primitivas, “muchas de ellas poseían, por lo menos, una cultura rudimentaria; pero algunas se mencionan como ejemplo del hombre natural”.
- ⁷ No en vano Henríquez Ureña considera que “la historia fue uno de los géneros literarios favoritos de la América hispánica durante la era colonial, y siguió siéndolo después de proclamada la independencia” (*Las corrientes* 240).
- ⁸ Sobre este aspecto insiste más adelante cuando afirma que “los colonizadores europeos también se hicieron hombres nuevos en las Américas desde el principio” (*Las corrientes* 215, nota 17).
- ⁹ Garcilaso había hecho previamente, aportes sustanciales con la traducción de los *Diálogos sobre el amor* de León Hebreo. Su traducción “devolvió a España un libro que era esencialmente suyo, aunque el Renacimiento italiano le diera el último retoque” (Henríquez Ureña 68).
- ¹⁰ Este poema bien podría contarse entre los antecedentes textuales que abren la discusión en torno a la valoración de “lo mexicano” que retoma brillantemente Octavio Paz, a propósito de juicios de Jorge Cuesta: “México es un país que se ha hecho a sí mismo y que, por lo tanto, carece de pasado. Mejor dicho, México se ha hecho contra su pasado, contra dos localismos, dos inercias y dos casticismos: el indio y el español [...]” (Paz, *El laberinto de la soledad* 306).
- ¹¹ Aunque el plan del libro se centre en la cultura de la América hispánica, no deja de lado el importante influjo del pensamiento político, el arte y la literatura de Brasil. Con su amplio sentido de valorar lo continental, reconoce las complejidades del proceso brasileño, los pormenores de su conquista y colonización, y también su devenir. Son muy interesantes sus observaciones en torno al “modernismo brasileño” o el paralelismo que establece entre el *Facundo* de Domingo Sarmiento y *Os sertões* de Euclides da Cunha. Ver p. 184 y ss.
- ¹² Es mucho más explícito su reconocimiento a aquellas mujeres que se incorporaron después a diversas corrientes artísticas y literarias, sobre todo a fines del siglo XIX y comienzos del XX: “Con muy pocas excepciones, las mujeres estuvieron ausentes del copioso movimiento literario de las dos últimas décadas del siglo anterior; probablemente fue demasiado impersonal para ellas. Y cuando al fin se incorporaron a él, como grupo, lo hicieron como rebeldes. Todas lo fueron, cada una a su manera” (Henríquez Ureña 190).
- ¹³ El barroco se convierte en el estilo característico de la América hispánica y la obra de Sor Juana es uno de los monumentos literarios que ilustran esta corriente. Por otra parte, Henríquez Ureña, atento a los modos como se desarrollaron las tendencias artísticas en México, señala que se encuentran “cuatro de las obras maestras del barroco de todo el mundo: el Sagrario de la catedral metropolitana, el Colegio de los Jesuitas de Tepozotlán, el Convento de Santa Rosa en Querétaro y la iglesia parroquial de Santa Prisca, en Taxco” (Henríquez Ureña 96).
- ¹⁴ En su caso, es necesario deslindarlo de la profusión pedante para subrayar el ejercicio de criterios que sustentan sus juicios, su mesura y elegancia expresiva. Si en algunos aspectos sus notas parecen esquemáticas –y no es éste el caso– no debe olvidarse el contexto de la escritura del libro y la función que ésta tuvo como discurso preparado en principio para un auditorio. Esto

no le permite detenerse en tantos autores y obras, no obstante, la selección siempre vale como un cuidadoso muestrario que permite vislumbrar apenas la dermis de una producción de insospechados alcances, a juzgar por la cantidad de obras y autores que bien merecerían ser estudiados. Por ello acota: “Junto a las grandes figuras había otras innumerables, más pequeñas, hombres y mujeres, para quienes la literatura fue terreno increíblemente fértil. Pero lo que ha llegado hasta nosotros acaso no representa ni una veintava parte de cuanto se escribió en realidad” (Henríquez Ureña 85).

¹⁵ Sobre la ciencia en el Nuevo Mundo es interesante la observación que Humboldt hace en 1802: “ninguna ciudad del Nuevo Mundo, sin exceptuar las de los Estados Unidos, poseía establecimientos científicos tan grandes y sólidos como los de la capital mexicana”, lo cual complementa Henríquez Ureña con su fino sentido de la amplitud: “En conjunto, la cultura científica en las ciudades más importantes de la América hispánica aventajaba a la de las ciudades de habla inglesa hasta que empezó nuestro movimiento de independencia. Y Humboldt nos dice que en el terreno de la ciencia los mexicanos se consideraban más adelantados que los españoles” (Henríquez Ureña 231, nota 36).

¹⁶ Mientras se reestructuraba la sociedad y se imponía una nueva legislación, muchos de los haberes culturales de la colonia se transformaron y otros se perdieron. Henríquez Ureña los resume: “Las artes padecieron con la disminución general de la riqueza. Apenas se construyeron ya nuevas iglesias y contados edificios públicos [...] Había poca demanda de cuadros [...] Se perdieron las tradiciones coloniales” (Henríquez Ureña 117).

¹⁷ Ver nota 17 al capítulo II, p. 217.

¹⁸ Ver nota 36 al capítulo II, p. 219. Siempre haciendo gala del manejo minucioso de sus datos, incorpora una larga lista de nombres correspondientes a los eruditos y científicos del Nuevo Mundo, lo cual es casi un inventario por países. Ver nota 37 al capítulo III, p. 230.

¹⁹ Ver nota 11 al capítulo III, p. 226.

²⁰ Al período que va de 1492 a 1600 lo llama “La creación de una sociedad nueva”, cap. II. De 1600 a 1800 lo llama “El florecimiento del mundo colonial”, cap. III. Luego serán períodos más intensos. De 1800 a 1830 “La declaración de la independencia intelectual”, cap. IV. 1830-1860 “Romanticismo y anarquía”, cap. V. 1860 a 1890 “El período de organización”, cap. VI. 1890-1920 “Literatura pura”, cap. VII y 1920-1940 “Problemas de hoy”, cap. VIII.

²¹ Véase pp. 246-247, nota 39. Sin embargo, es importante hacer subrayar la oposición que muestra Henríquez Ureña a las tesis de Sarmiento por considerar que exaltaba en demasía a la cultura anglosajona.

²² Hay que considerar el hecho de que la palabra “cultura” abarca principalmente los valores espirituales, aunque recientemente se haya ido construyendo una dupla epistemológica que abarca los términos *cultura* y *civilización*, descansando en este último concepto los elementos relativos al desarrollo técnico de los pueblos (Papageorgiu 93).

²³ Véase nota 16, cap. VI, p. 251.

²⁴ Henríquez Ureña no deja de lado el hecho histórico que representan las luchas de reivindicación social de los sectores más preteridos, como la clase obrera o los indígenas; en ese sentido, es importante su llamado de atención acerca de las luchas emprendidas por estos sectores a comienzos del siglo xx: “en el período que comienza alrededor de 1920 se manifiestan

en la América hispánica dos tendencias contradictorias: una es la defensa del proletariado que en países como México y Perú se llama comúnmente la “redención del indio”; otra es la reaparición de las dictaduras [...]” (Henríquez Ureña 128).

- ²⁵ Hay un evidente equilibrio en cuanto a su ponderación de los géneros literarios cultivados. Se dedica con igual énfasis a destacar nombres de narradores –novelistas y cuentistas– poetas, periodistas y pensadores. Pero cuando se refiere al teatro, se esmera mucho más en ofrecer detalles acerca de los autores, obras y hasta las particularidades de la puesta en escena, con lo cual confirma su predilección por las formas dramáticas.
- ²⁶ El ensayista pasa luego a establecer las características del movimiento de manera inequívoca: “la conquista del paisaje, la reconstrucción del pasado, la descripción de las costumbres” (Henríquez Ureña 146).
- ²⁷ En este sentido, subraya la postura de Rubén Darío para quien la política no era materia poética (Henríquez Ureña 177).
- ²⁸ El autor sostiene la idea de que los escritores fueron apartándose paulatinamente de la política y por consiguiente también dejaron de ser “directores de la vida pública” (Henríquez Ureña 189).
- ²⁹ Así como esta obra es en su estructura interna admirable, también lo es su aparato crítico y el conjunto de notas que más allá del lujo erudito sirven como un manual de ayuda para quienes buscan datos precisos sobre las fechas de nacimiento y muerte de los autores citados –con un mínimo de erratas e imprecisiones– que dan cuenta de la sistematicidad de sus lecturas y el registro minucioso de datos de interés. Igual comentario merece la bibliografía incorporada al final del volumen, un verdadero compendio de informaciones sobre los autores y obras estudiadas para el momento de la redacción del libro, que aún hoy en día sirven como una bitácora acerca del desarrollo intelectual de nuestro continente.

BIBLIOGRAFÍA

- Borges, Jorge Luis. “Pedro Henríquez Ureña”. Pedro Henríquez Ureña. *Obra crítica*. México: FCE, 1960. VII-X.
- Fernández Retamar, Roberto. *Calibán. Apuntes sobre la cultura en Nuestra América*. México: Editorial Diógenes, 1971.
- Guadarrama González, Pablo. “El humanismo americanista de Pedro Henríquez Ureña”. *Islas* 42/123 (2000): 137-50.
- Henríquez Ureña, Pedro. *La utopía de América*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1989.
- _____. *Obra crítica*. México: FCE, 1960.
- _____. *Las corrientes literarias en la América hispánica*. México: FCE, 1949.
- _____. *Historia de la cultura en la América hispánica*. México: FCE, 1947.

- Papageorgiu, Anthi. "¿Por qué América Latina?, de Leopoldo Zea: observaciones sobre su traducción al griego". *Cuadernos Americanos* 100 (2003): 93-9.
- Paz, Octavio. *Obras completas*. Tomo 15, Miscelánea III. Entrevistas. México: FCE, 2003.
- _____. *El laberinto de la soledad*. Madrid: Cátedra, 1995.
- Pérez de la Cruz, Rosa Elena. "El concepto de hombre en el pensamiento de Pedro Henríquez Ureña". *Cuadernos Americanos* 101 (2003): 72-88.
- Picón-Salas, Mariano. *De la Conquista a la Independencia. Tres siglos de historia cultural hispanoamericana*. México: FCE, 1944.